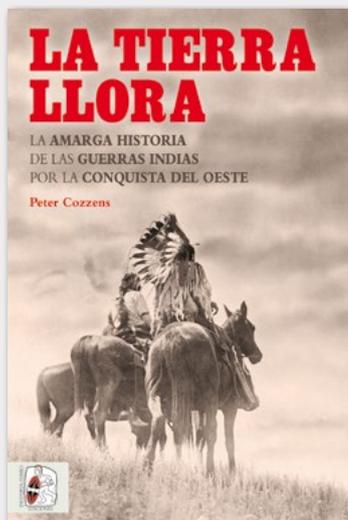


Las Guerras Indias por la Conquista del Oeste

Con una prosa enérgica, una poderosa cadencia narrativa y una admirable claridad, Peter Cozzens nos presenta una extensa, aguda, elegante y ante todo imparcial historia de las Guerras Indias y de los fascinantes personajes de ambos bandos que las protagonizaron.



25-10-2017 – La editorial Desperta Ferro Ediciones publica *La tierra llora. La amarga historia de las Guerras Indias por la Conquista del Oeste*, de [Peter Cozzens](#).

Si hay un fenómeno de la historia de los Estados Unidos que se ha explotado hasta la saciedad en la cultura popular occidental, este ha sido la conquista del Oeste y el conflicto con las tribus de nativos que lo habitaban, denominado como las Guerras Indias. De una demonización del indio o nativo norteamericano, el péndulo basculó a partir de la década de 1970 a su santificación, y a menudo se echan en falta visiones más ecuánimes, capaces de superar ese maniqueísmo de buenos y malos. Y eso es algo que Peter Cozzens consigue con *La tierra llora. La amarga historia de las Guerras Indias por la conquista del Oeste*, una narración apasionante merecedora del prestigioso **Gilder Lehrman Prize for Military History** y que ha sido elogiado por Booklist como «un maravilloso trabajo de comprensión y compasión». Comprensión, porque Peter Cozzens realiza un enorme esfuerzo en el análisis de las motivaciones que latían detrás del proceso de expansión hacia el Oeste del que nacerían los modernos Estados

Unidos, pero también se pone en la piel de unos indios atrapados entre una mentalidad y modo de vida ancestrales y la modernidad. Pero compasión también, hacia hombres como Caballo Loco, Toro Sentado, Gerónimo y Nube Roja, que las más de las veces pelearon forzados, defendiendo a sus mujeres y niños, en un combate que sabían perdido de antemano. Empero, no hay sensiblería: no se hurtan ni las mezquindades ni el racismo latente en buena parte de la administración estadounidense, ni las continuas querellas intestinas y barbarie de apaches, sioux o comanches. *La tierra llora. La amarga historia de las Guerras Indias por la conquista del Oeste* se devora página a página, tan rápidamente como veloz avanzó el tendido del ferrocarril por las llanuras del Oeste norteamericano, a lo largo de tres décadas que vieron la extinción de comunidades enteras, en una historia trágica del fin de un mundo pero que hace justicia a vencedores y vencidos.

El libro estará **disponible el viernes 3 de noviembre**. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro catálogo.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que, en apenas dos años, han visto la luz una quincena de títulos entre los que destacan obras de referencia como *Ciudades del Mundo Antiguo*, de Jean Claude Golvin, *La guerra en Grecia y Roma*, de Peter Connolly o *Choque de titanes. La victoria del Ejército Rojo sobre Hitler*, de David Glantz, de próxima aparición (catálogo completo [aquí](#)). De esta forma, lo que comenzó como un modelo de autoempleo se ha convertido en un motor de generación de puestos de trabajo ya que, en la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

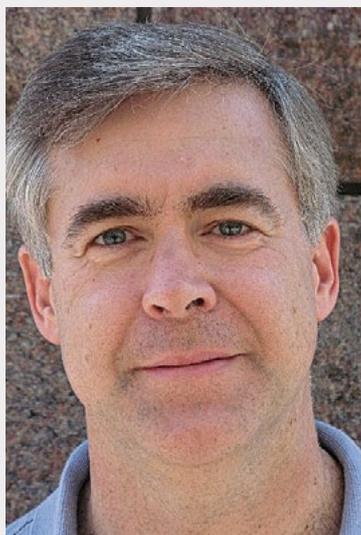
www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SOBRE EL AUTOR



PETER COZZENS es autor o editor de diecisiete libros sobre la Guerra de Secesión y el Oeste americano, entre ellos *Shenandoah 1862: Stonewall Jackson's Valley Campaign*, *This Terrible Sound: The Battle of Chickamauga* o *No Better Place to Die: The Battle of Stones River*.

Tras una carrera de treinta años como funcionario de Asuntos Exteriores al servicio del Departamento de Estado y, antes, en el Ejército de los Estados Unidos, donde alcanzó el rango de capitán, recientemente se ha retirado para dedicarse en cuerpo y alma a escribir.

En 2002, recibió el máximo galardón de la American Foreign Service Association, otorgado anualmente a un funcionario del Foreign Service por su ejemplar valentía moral, integridad y disidencia creativa. También recibió un Alumni Achievement Award de su *alma mater*, el Knox College. Colaborador habitual con diferentes revistas de Historia militar, es miembro del consejo editorial de *Desperta Ferro Historia Moderna*.

**Ganador del Gilder Lehrman Prize
for Military History en 2017**

VIDEOS



ENTREVISTAS

Signature
MAKING WELL-READ SENSE OF THE WORLD.

HISTORYNET

DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Una visión equilibrada es lo que busca Cozzens en este detallado relato de matanzas indiscriminadas, cadáveres calcinados, tratados quebrantados y traición generalizada [...] Cozzens consigue, de forma admirable, retratar las Guerras Indias con un agudo rigor histórico. Ya se discuta la caótica batalla del Washita en la actual Oklahoma, ya las escaramuzas de Custer con la coalición lakota de Toro Sentado o la rendición de Jefe José de los nez percés, Cozzens demuestra su vasto conocimiento de la historia militar norteamericana».

Douglas Brinkley, *The New York Times Book Review*

«Un magnífico relato en un solo volumen sobre los conflictos posteriores a la Guerra de Secesión que conformaron nuestra historia y sobre la mitología de la frontera [...] Al examinar las distintas tribus y subgrupos que las componían, Cozzens realiza una admirable tarea al transmitirnos su complejidad y divisiones políticas. Es esta una obra de bella escritura, de comprensión y de compasión, todo un tesoro tanto para el público general como para el especializado».

Jay Freeman, *Booklist*

«Un valioso aporte [...] Recorre veinticinco años de políticas indias en Estados Unidos, ofrece un nítido relato de las batallas e incursiones y retrata a generales y jefes, soldados de infantería y guerreros. Aunque Cozzens no diga que escribió *La tierra llora* para desbancar a *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*, sí expresa su esperanza de que aporte equilibrio y una mejor comprensión de las Guerras Indias del Oeste americano. Y bien que lo consigue».

John B. Saul, *The Seattle Times*

«Un volumen imparcial y escrito con fluidez cuyo alcance resulta tan ambicioso como el de *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*».

Andrew Graybill, *The American Scholar*

«Peter Cozzens nos recuerda que la tragedia, y no el melodrama, es lo que mejor define la lucha por el Oeste norteamericano [...] *La tierra llora* es la historia más lúcida y fidedigna sobre las Guerras Indias que yo recuerde».

Victor Davis Hanson, autor de *Matanza y cultura*

«De una intensidad abrasadora [...] Una prosa vigorosa y potente que ofrece nítidos retratos de los hombres de guerra. Es una obra de historia narrativa de gran envergadura que sintetiza el trabajo de incontables historiadores [...] y reconoce episodios de nobleza y humanidad en medio de esta tragedia épica. Sin insinuar falsas equivalencias, Cozzens enfatiza la enmarañada complejidad de la historia».

Dan Cryer, *The San Francisco Chronicle*

SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Una mirada exhaustiva [...] Una exposición notable y rigurosa [...] La estructura del libro permite que las líneas temporales se entrelacen con el contexto para hacer de una materia pesada algo extraordinariamente ameno y que da que pensar. Cozzens [...] se toma a pecho sus propias palabras de advertencia sobre los mitos que han impregnado la cultura popular [...] Este es un libro de historia, pero también es una obra contemporánea, repleto de ironías acerca de lo no tan diferentes que somos de los hombres del Oeste del siglo XIX».

Erin H. Turner, *Big Sky Journal*

«Una valiosa panorámica [...] Una traición de niveles épicos como esta puede contarse muchas veces y en este relato destaca por su impresionante alcance y nivel de detalle».

Priyanka Kumar, *The Washington Post*

«El veterano historiador Cozzens aúna energía y un formidable dominio de la época cuando escribe tanto sobre personajes como sobre política o sangrientos enfrentamientos [...] Hace plena justicia a la complejidad de esta historia».

Matthew Price, *Newsday*

«Llevaba mucho tiempo esperando un libro actualizado, objetivo y bien documentado sobre las Guerras Indias y *La tierra llora*, de Peter Cozzens, es eso y mucho más, una narración escrita con elegancia de una de las grandes sagas de la historia norteamericana y mejor que *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*».

James Donovan, autor de *A Terrible Glory* y *The Blood of Heroes*

«Cozzens realiza una excepcional labor de examen de los puntos de vista de ambos bandos, con el empleo de numerosas fuentes primarias inéditas hasta la fecha [...] Es una obra oportuna y concienzuda, que presenta la historia de este controvertido capítulo de la historia norteamericana sin hipérboles ni histrionismo y que aporta un excelente libro de historia de la guerra más prolongada y trágica de Estados Unidos».

Jerry Lenaburg, *New York Journal of Books*

«Una plétora de fascinantes personajes [...] vívidas descripciones de gente corriente de ambos bandos [...] Una extensa, aguda y elegante narración sobre las Guerras Indias de la segunda mitad del siglo XIX y sobre sus trágicas consecuencias para los nativos. Cozzens vuelve a contar una historia familiar... con garbo».

Glenn C. Altschuler, *Star Tribune*



SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Peter Cozzens, uno de nuestros mejores historiadores en activo, ha recogido un enorme pedazo de la historia de los nativos norteamericanos y nos lo ha entregado envuelto en poder, estilo y perspicacia [...] Hay mucha sabiduría aquí, y muy buena prosa».

S. C. Gwynne, autor de *El imperio de la luna de agosto* y *Rebel Yell*

«Una exhaustiva evaluación de las guerras por el control del Oeste norteamericano. Recomiendo encarecidamente su lectura para acercarse a la entretejida historia de los nativos americanos y del Ejército de frontera estadounidense posterior a la Guerra de Secesión».

Nathan Bender, *Library Journal*

«Aporta una perspectiva de la que carecíamos sobre las vidas de la gente corriente de ambos bandos. Mientras las grandes estrategias devinieron en caos y objetivos contrapuestos y las alianzas y lealtades mutaban al instante, los soldados, guerreros y sus familias hubieron de soportar la mayor parte de ese cuarto de siglo extenuados, hambrientos, desalentados, tan solo preocupados por sobrevivir a la sucesiva sequía o al siguiente invierno [...] Con razón, su tierra lloraba».

William C. Davis, autor de *Three Roads to the Alamo* y *An Honorable Defeat*

«La ininterrumpida sucesión de conflictos armados entre el Ejército de los Estados Unidos y los indios de las Grandes Llanuras y de las Montañas Rocosas desde la década de 1860 hasta 1890, cuyos muertos se cuentan por miles, constituyen sin duda la más larga y trágica guerra de la historia de Norteamérica. Sobria y minuciosamente, Peter Cozzens ha registrado este oscuro capítulo de nuestra historia».

James M. McPherson, autor de *The War That Forged a Nation* y *Battle Cry of Freedom*

«Una prosa enérgica, una poderosa cadencia narrativa y una admirable claridad. Cozzens es un escritor talentoso [...] Una de las virtudes del libro es que ninguno de los personajes que desfilan por el libro –euroamericanos, nativoamericanos, figuras políticas, militares o cualquier otro– queda libre de culpa de lo que ocurrió. La vigorosa escritura te atrapa; los mapas son atípicamente numerosos y nítidos; su exhaustividad, al servicio de cualquiera que desee conocer los hechos de las muchas y distintas guerras indias, es difícil de superar. Para todo aquel que quiera conocer la historia de las Guerras Indias del Oeste americano, este es su libro».

James M. Banner Jr., *The Weekly Standard*

«Un riguroso relato sobre las Guerras Indias de 1860-1890».

The Week



CAPITULO 2

LA GUERRA DE NUBE ROJA

El 21 de diciembre amaneció gris y frío. La tierra estaba desnuda, pero el aroma de las próximas nieves impregnaba el aire. Los cheyenes, los arapahoes y los oglalas, todos ellos bajo la supervisión general de Nube Roja, se escondieron en una hondonada ligeramente arbolada al oeste de la cordillera de la Ruta Bozeman. Los miniconjous se apostaron en un desfiladero pelado al este. A las diez de la mañana la caravana de leñadores salió de Fort Kearny. Una hora más tarde, fue atacada.

A las once de la mañana, el capitán Fetterman salió del fuerte con cuarenta y nueve soldados de Infantería. En ese momento, aparecieron los indios que hacían de señuelos. Todo el mundo estaba nervioso. Un guerrero gritó en inglés: «¡Hijos de perra, salid y luchad con nosotros!». Dos civiles bien armados con rencillas personales contra los lakotas iban a caballo junto con los soldados. Un capitán que estaba a punto de ser transferido también se unió al destacamento para «tener otra oportunidad de conseguir él mismo la cabellera de Nube Roja». Mientras tanto, Carrington ordenó al teniente George W. Grummond, un miembro alcohólico e impetuoso de la camarilla anti-Carrington, que cogiera veintisiete hombres a caballo «se presentara ante el capitán Fetterman, obedeciera sin reservas las órdenes, y nunca lo abandonara».

Los indios que actuaban de señuelos cabalgaron con tranquilidad sobre Lodge Trail Ridge mientras se burlaban de los soldados y les decían que se dieran prisa. Carrington había ordenado a Fetterman que no fuera más allá de la cordillera y, por un momento, las tropas se detuvieron en lo alto de esta; desde el fuerte parecían cagadas de mosca en el horizonte. Entonces, se desvanecieron descendiendo por la parte más lejana de Lodge Trail Ridge, más allá de la cual, seis kilómetros al norte de Fort Kearny, les esperaban expectantes entre mil quinientos y dos mil guerreros, la mayoría armados solo con arcos y flechas, lanzas y mazas. Lo que ocurrió a continuación solo es una suposición. Al parecer, Fetterman intentó contener a Grummond, pero el impulsivo teniente se lanzó tras la avanzadilla de indios, persiguiéndolos durante dos kilómetros hasta que la colina descendía y la Ruta Bozeman cruzaba Peno Creek. Allí surgieron de repente de los barrancos cientos de guerreros a caballo, que rodearon en cuestión de minutos a los soldados de Grummond y Fetterman. Grummond condujo a sus jinetes de regreso hacia la pendiente, en un intento, condenado

de antemano, de volver a unirse con Fetterman. Desesperados por la inutilidad de intentar escapar de los indios, los dos voluntarios civiles se apearon del caballo tras unas rocas y abrieron un fuego intenso con sus rifles de repetición. Morirían rodeados de un montón de casquillos y charcos de sangre. Entretanto, los soldados de Infantería de Fetterman luchaban con sus rifles de avancarga contra los guerreros que les rodeaban. Tan intensa era la lluvia de flechas que caía sobre ese pequeño grupo azul que los indios corrían más riesgo de ser heridos por el fuego amigo que por las balas de los soldados. Un guerrero cheyene que vio volar una flecha sobre el risco y atravesar una cabeza lakota dijo que había en el suelo tantas flechas que no hacía falta utilizar las propias ya que se podían coger del suelo las que se quisiera.

Puede que la resistencia de la infantería fuera mínima; el joven jefe oglala Caballo Americano (American Horse) afirmó que muchos soldados parecían paralizados por el miedo. Pronto se convirtió en el tipo de combate en espacios cerrados que los indios llamaban «remover la salsa». A medida que los soldados de Infantería caían heridos por las flechas, los guerreros desmontaban e iban hacia ellos, primero los tocaban con palos en señal de victoria «para contar golpe» y luego les machacaban el cráneo con sus mazas. Caballo Americano dio a Fetterman un golpe tal que lo dejó inerte, tras lo cual le degolló, mientras que el oficial que había estado fanfarroneando con coger la cabellera de Nube Roja, se disparó en la sien.

La infantería y la caballería lucharon y murieron separadas. Grummond cayó pronto, pero pudo decapitar a un guerrero con su espada antes de que lo derribara el golpe de una maza. Los indios dijeron a sus guerreros que se mantuvieran unidos, y dirigieron sus caballos hacia la cima del risco hasta que resultaron difíciles de manejar. El guerrero cheyene de dieciséis años Trueno de Fuego, que participaba en su primera lucha, intentó por unos momentos cazar un animal, «pero después pensé –dijo él– que era un buen día para morir, de modo que seguí adelante luchando. No perseguía a los caballos, perseguía a los blancos». A medida que descendió la temperatura y las laderas se cubrieron de hielo «nos dijeron que fuéramos a rastras hasta los soldados –dijo Trueno de Fuego–. Una vez que estuvimos más cerca de ellos, alguien gritó: “¡Vamos! Este es un buen día para morir. Nuestras mujeres están hambrientas en casa”. Entonces, nos levantamos todos y nos lanzamos a por ellos».

SIN DESCANSO NI PAZ

No había indios que provocaran menos simpatía que los apaches entre los habitantes de la frontera. Sus incesantes razias mantenían a los habitantes de Arizona en un continuo desasosiego. El sufrimiento que causaban a sus cautivos, a los que torturaban con una crueldad exquisita, repugnaba a la gente del territorio, e infundía en ellos una ardiente sed de venganza sobre todos y cada uno de los apaches, sin distinción, tal como demostró la masacre de Camp Grant. Hasta que el ejército fue capaz de frenar las atrocidades apaches, la inquina de las gentes de Arizona hacia ellos se mantuvo al rojo vivo.

Iba a resultar difícil someter a los elementos beligerantes que había entre los apaches y los yavapais, un pueblo nativo de Arizona central a los que, a veces, se confundía con los apaches. Como guerrilleros, los apaches no tenían igual, y los yavapais, estaban casi a su mismo nivel. Los apaches no apreciaban la bravuconería individual que, a menudo, animaba a los guerreros de las llanuras indias. Según dijo un capitán que luchó contra ellos, los apaches «preferían merodear como un coyote durante horas y después matar al enemigo, antes que, por exponerse de un modo insensato, recibir una herida, fuese esta fatal o no. Las precauciones que toman demuestran que son soldados excepcionales».

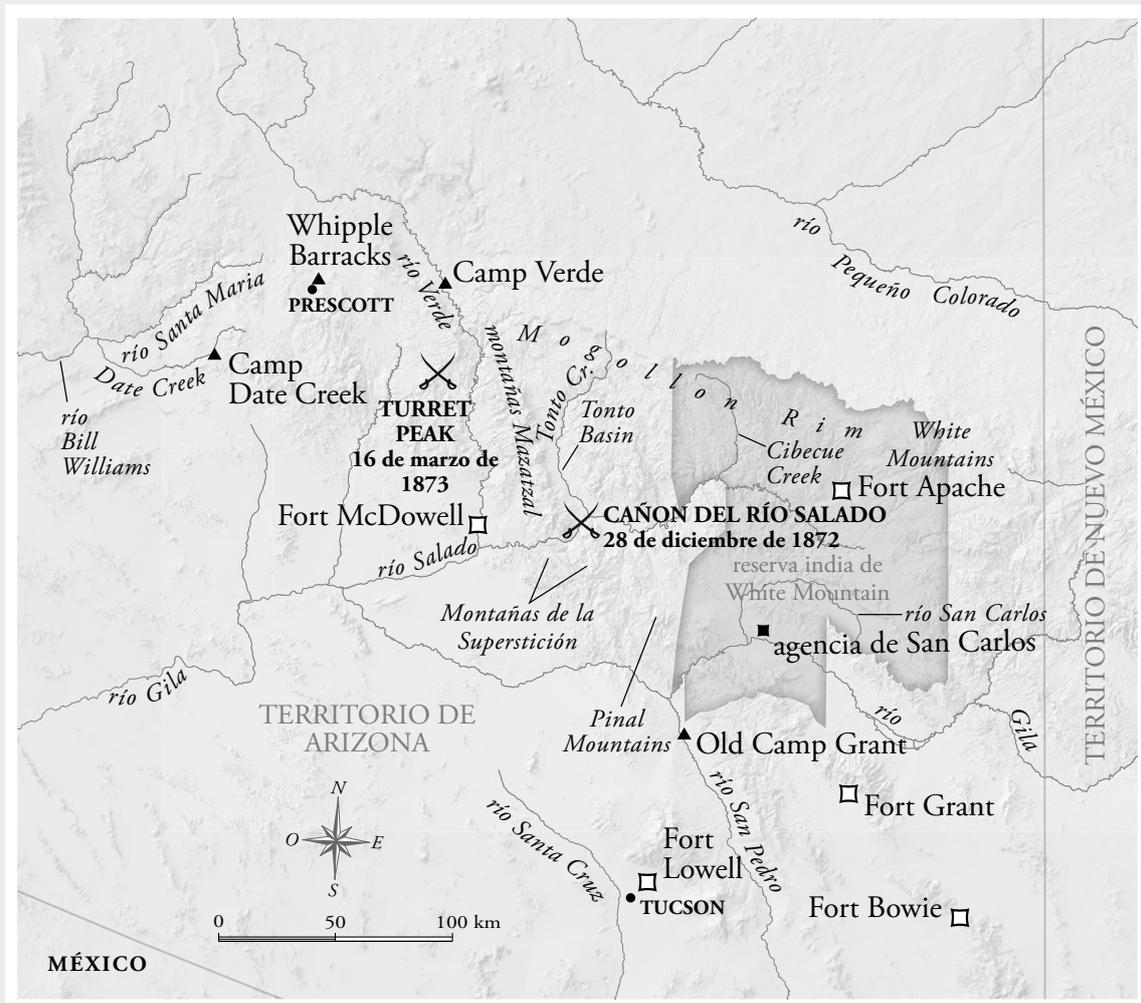
Hacia principios de 1870, los apaches estaban mucho mejor armados que cualquier otro indio del Oeste. Casi todos los guerreros tenían un rifle de repetición, y los arcos y las flechas los usaban, si acaso, para cazar. Creían que el poder sobrenatural era fundamental para el éxito en las incursiones o en la guerra, y se atenían a sus requerimientos y tabúes con la misma diligencia con que lo hacían los indios de las llanuras. Los guerreros apaches eran jinetes mediocres, limitación que compensaban con creces con su gran resistencia a pie. Al contrario que los indios de las llanuras, que se enorgullecían de sus elaborados tipis, los apaches vivían en unos sencillos habitáculos circulares y abovedados llamados vikiupas, confeccionados con ramas y pimpollos, doblados y cubiertos con lonas, mantas o maleza. La facilidad con que se montaban proporcionaba a los chiricahuas –y en menor grado a los apaches orientales– una movilidad mucho mayor a lo largo del año de la que tenían los indios de las llanuras.

La actitud displicente del coronel Stoneman hacia los ataques de los apaches y los yavapais reflejaba el la-

mentable estado en el que se hallaban los asuntos militares en el Territorio de Arizona, donde había dos mil soldados dispersos a lo largo de una docena de puestos. La moral de las tropas era baja y era común la desertión. E incluso más común habría sido de haber habido algún lugar a donde ir, pero los asentamientos eran escasos, alejados entre sí y sus ocupantes, a menudo, eran «vagabundos miserables y fugitivos de la justicia», más proclives a robar y matar a un desertor que a ayudarlo.

Las condiciones de vida en el ejército en Arizona eran execrables; tan malas que un joven médico del ejército temió volarse los sesos antes de que terminara su servicio. En Fort McDowell, el Pueblo Potemkin de los puestos militares de Arizona, la gravilla del patio de instrucción resplandecía durante el día con un blanco cegador, absorbiendo el calor suficiente como para mantener el aire nocturno casi tan sofocante como la temperatura diurna, que, según un oficial, en ocasiones superaba los 46° a la sombra –«si es que hubiera habido alguna sombra a la vista». Los oficiales y los soldados vivían en unas toscas estructuras de adobe infestadas de venenosas hormigas rojas, que, cuando se humedecía el estiércol de vaca utilizado para rellenar las vigas, apestaban. No había verduras ni frutas, y la disentería era incontrolable. Indios hostiles merodeaban por la noche por los alrededores, extraían las balas de las dianas y rebuscaban para ver si encontraban botellas de cristal o latas con las que fabricar puntas de flecha, que, junto con las balas recicladas, utilizaban contra los soldados.

Por infinidad de razones, las guarniciones carecían, a menudo, de los medios para responder a los ataques. El transporte era limitado y poco fiable. Bajo el calor intenso del desierto, los carrmatos del ejército se resquebrajaban y la falta de remontas con frecuencia paralizaba a la Caballería. Las reservas de munición eran siempre escasas. La reorganización general del ejército que se hizo en julio de 1866 desembocó en una terrible ruptura de la cohesión del mando en la Apachería: el Territorio de Nuevo México se convirtió en un distrito del Departamento del Misuri; el Territorio de Arizona se dividió en cuatro distritos separados del Departamento de California. Dado que no había ninguna línea de diligencias que operara en Arizona, los mensajes tardaban semanas en llegar al cuartel general del Departamento en San Francisco. El sistema militar, que hacía hincapié en el com-



bate convencional, resultaba inútil para los oficiales que luchaban una guerra de contraguerrilla en el desierto. A pesar de esas desventajas, entre 1866 y 1870 el ejército mató más indios en Arizona que soldados perdió. No obstante, las razias continuaron. Los residentes de aquel territorio valoraban la actuación del ejército de acuerdo al número de estas, y no les parecía lo bastante buena. Pero los indios tenían otra percepción: las bajas de guerreros comenzaban a ser insostenibles.

Ningún líder apache comprendió la terrible lógica de una guerra de desgaste mejor que Cochise, cuya pugna contra los norteamericanos acababa de entrar en su décimo año en 1870. Desde su baluarte de las Montañas Dragoon, en el sudeste de Arizona, Cochise seguía dirigiendo la lucha, hasta que en agosto hizo lo que nadie esperaba: propuso al oficial al mando de Camp Apache, el comandante John Green, iniciar conversaciones de paz. «Estaba cansado y quería dormir –informó Green–. Las tropas habían matado a casi todo su grupo y eso le causaba una preocupación mortal». Tras calcular que «estábamos más o menos empatados», Cochise pidió una tregua,

pero Green carecía de la autoridad para negociar con él. Sin cejar en su empeño, Cochise se dirigió a la reserva de Cañada Alamosa (el cañón de los Álamos) donde vivía el grupo chihene de los chiricahuas. Allí se encontró con un comerciante que antiguamente trataba con los indios, Thomas Jeffords, con el cual entabló una íntima amistad. En Cañada Alamosa, Cochise también habló con un agente especial de la Oficina de Asuntos Indios, al cual reiteró su deseo de paz y pidió permiso para asentarse entre los chihenes. De regreso a sus guaridas en las montañas para esperar una decisión del Gobierno, Cochise intentó controlar a sus guerreros, pero los enfrentamientos con las bandas de civiles y las patrullas del ejército eran inevitables. Tal como él mismo dijo, no encontraba «ni el descanso, ni la paz».

Cochise necesitaba paz no solo para su pueblo, ya reducido por la guerra a menos de cuatrocientas personas, sino también para prolongar su propia vida. El jefe guerrero que había derrotado al Ejército norteamericano durante una década estaba perdiendo una lenta batalla contra un cáncer de estómago.

TORO SENTADO Y CABALLO LOCO

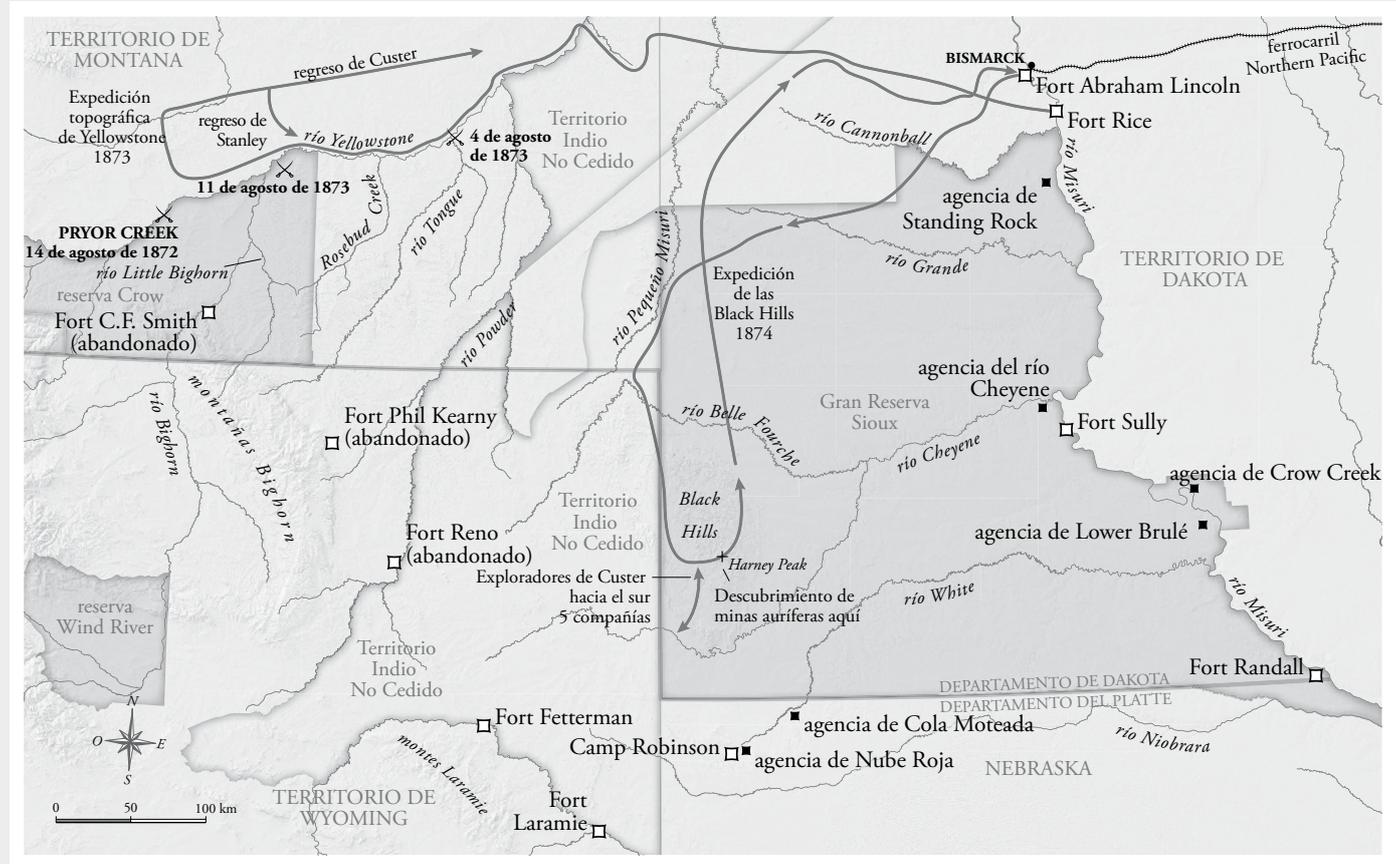
«Veo. Sé. Comencé a ver cuando todavía no había nacido; cuando aún no estaba en los brazos de mi madre, sino dentro de su vientre. Ahí fue donde empecé a estudiar a mi pueblo», dijo en una ocasión Toro Sentado a un periodista. «Dios me concedió el poder de ver a través de la matriz. Allí, en el vientre, estudié muchas cosas. Estudié la viruela que estaba matando a mi pueblo, la gran enfermedad que estaba matando a mujeres y niños. Estaba tan interesado que me di la vuelta y me puse de lado».

Toro Sentado no cesó nunca de estudiar a su pueblo, los lakotas hunkpapas. Su bienestar le obsesionaba. No había amenazas, soborno, ofertas de dinero, regalos ni propuestas de paz que pudieran apartarlo de su firme propósito de luchar por su pueblo, por su tierra y por su forma tradicional de vida. Él hablaba y la gente escuchaba.

Toro Sentado nació en 1831 más abajo de la desembocadura del río Yellowstone. Su madre lo llamó Tejón Saltarín (Jumping Badger). A los catorce años contó su primer golpe, tras el cual, como era costumbre, su padre, Toro Búfalo se Sienta (Buffalo Bull Sits Down), dio su nombre a su hijo, que los blancos tradujeron por error como Toro Sentado. Durante la

década siguiente, el joven Toro Sentado contó al menos dos docenas de golpes más y fue herido tres veces en las luchas contra los crows y los pawnees, incluyendo una herida de bala en un pie que le produjo una cojera permanente. Toro Sentado llegó a dirigir cuatro sociedades de hombres, un logro bastante importante, si se tiene en cuenta que la mayoría de los guerreros podían considerarse afortunados si conseguían ser miembros de, al menos, una sociedad. A mediados de 1860 solo el tío de Toro Sentado, Cuatro Cuernos (Four Horns), ostentaba una posición más alta que él en la jerarquía guerrera hunkpapa. Toro Sentado también disfrutaba de una creciente reputación como *Wichasha Wakan*, santón con el don de profetizar a través de sueños, visiones y comunicaciones directas con Wakan Tanka, el Gran Misterio, la fuente de todo lo visible y lo invisible.

Toro Sentado, el líder de guerra y el santón personificaba las cuatro virtudes cardinales lakotas: la bravura, la fortaleza, la generosidad y la sabiduría. Pero, a pesar de ello, era humilde, incluso tímido, según contaban algunos. Vestía con sencillez, había renunciado al tocado de guerra en favor de una sola pluma blanca de águila, que representaba su



primer golpe, o, en ocasiones, una segunda pluma de águila pintada de rojo, que simbolizaba su primera herida. Sabía escuchar y no interrumpía a los demás. No reivindicaba su superioridad ni tampoco se ofendía cuando alguien rechazaba su consejo o menospreciaba sus visiones. Tenía un gran sentido del humor y era un gran comediante e imitador. También sufría profundas rachas de depresión. Las dos constantes de su carácter eran la desconfianza en el hombre blanco y la convicción, que no imponía a nadie, de que Dios lo había elegido «para ser el juez de todos los demás indios». Pronto, la fama de Toro Sentado se extendió entre las tribus lakotas. «Sin embargo, pareció asumirlo con cierta indolencia –dijo un misionero–. Fue necesaria una ocasión (una crisis) para sacarlo de la complacencia introvertida y contemplativa a la acción extrovertida».

La crisis que incitó por primera vez a Toro Sentado a asumir el liderazgo contra los blancos tuvo lugar a raíz de la construcción, en 1866, de Fort Buford en la confluencia de los ríos Yellowstone y Misuri. Al igual que Fort C. F. Smith y Fort Phil Kearny –también levantados en 1866– habían amenazado los terrenos de caza de los oglalas de Nube Roja, Fort Buford presagiaba una intolerable intrusión blanca en el territorio hunkpapa. No obstante, Toro Sentado no pudo igualar las hazañas de Nube Roja. En dos años y medio de guerra intermitente fue incapaz de aplastar a una guarnición que, a menudo, no reunía más de cincuenta hombres. Pero la resistencia de Fort Buford no hizo menguar su determinación de hacerles frente. Toro Sentado expresó con claridad su credo a un miserable grupo de assiniboines que vivían en una reserva. Es mejor adentrarse en el territorio del búfalo y valerse por uno mismo que depender de los regalos del hombre blanco para sobrevivir: «Miradme a mí –desafió a sus oyentes–. Fijaos en si soy pobre o si lo es mi pueblo. Puede que al final los blancos me atrapen, pero hasta entonces disfrutaré de buenos momentos. Sois tontos por dejaros esclavizar por un pedazo de beicon, unas cuantas galletas y un poco de azúcar y café».

De acuerdo con las ideas de Toro Sentado, la mayoría de los lakotas quedaron como tontos cuando Nube Roja y sus jefes firmaron el Tratado de Fort Laramie en 1868. Al cabo de cuatro años, los «tontos» constituían el noventa por ciento de una población lakota estimada en 15 000 individuos. Solo la mitad de los 2000 hunkpapa apoyaron a Toro Sentado. Apenas uno de cada cuatro de los 4000 oglalas rechazó el tratado; el resto, junto con unos 1500 cheyenes y 1000 arapahoes del norte, gravitaban en torno a la agencia de Nube Roja. Casi toda la población brulé, estimada en 4050 individuos, vivía en la agencia de Cola Moteada. Toro Sentado y el resto de los indios que habían rechazado el Tratado de Fort Laramie en 1868 fueron conocidos como las bandas antitratado o, cuando convenía a los propósitos del gobierno, como «hostiles».

Clasificar a los lakotas como de la reserva o antitratado era, como mínimo, un problema. Los lakotas antitratado con frecuencia visitaban a sus compañeros en la reserva e incluso se asociaban a las agencias para conseguir raciones de comida, en especial, durante los meses de invierno. Y, viceversa, el Territorio Indio No Cedido ofrecía refugio a los indios de la reserva incómodos con las normas administrativas o que, en ocasiones, deseaban disfrutar de su antigua libertad. Cada primavera, los lakotas abandonaban las reservas para unirse a sus familiares que deambulaban con libertad y volvían a las agencias tras la época de la caza del búfalo de otoño. De ese modo, la marea lakota en el Territorio Indio No Cedido crecía en verano y bajaba en invierno.

Toro Sentado no dirigía ninguna marea más que la de su perpetua fidelidad a su antiguo modo de vida. Nube Roja y los oglalas podían hacer lo que quisieran. Pero, por lo que a él se refería, no vendería ninguna parte del territorio de su pueblo. Tampoco repudiaría la consagrada práctica lakota de expandir sus dominios desplazando a otras tribus a la fuerza. Durante cerca de dos décadas, los lakotas habían pugnado por arrebatar a los crows el territorio rico en búfalos del río Powder, objetivo que lograron a principios de la década de 1860. Sin embargo, a lo largo de esa década, las manadas más grandes habían emigrado y se habían adentrado aún más en lo que restaba del territorio crow. Durante los seis años siguientes, Toro Sentado dedicaría sus esfuerzos a expulsar por completo a los crows de las llanuras y empujarlos a las montañas. Los blancos, que por el momento solo rozaban el linde oriental de su mundo, constituían un peligro menor.

Las acciones de Toro Sentado tenían ahora más peso. Ya no era un mero jefe de guerra hunkpapa. En el verano de 1869, en un gran consejo de lakotas antitratado, su tío Cuatro Cuernos se las ingenió para conseguir que su sobrino ascendiera a jefe supremo de los lakotas, o más bien, de los lakotas que rechazaban la vida en la reserva. Fue una maniobra audaz y, a pesar de que muchos se negaron a aceptar la promoción de Toro Sentado a una posición ajena a la cultura política de los lakotas, cientos de hunkpapas, pies negros, sans arcs, oglalas, miniconjous e incluso cheyenes del norte, para los cuales Toro Sentado era un desconocido, apoyaron la propuesta de Cuatro Cuernos. Al final de la ceremonia, el tío se dirigió a su sobrino y le dijo: «Por tu valentía en el campo de batalla y por ser el mejor guerrero de nuestras partidas, te hemos elegido como nuestro jefe de guerra, líder de toda la nación sioux. Cuando nos digas que luchemos, lucharemos, cuando nos digas que hagamos la paz, la haremos».

Toro Sentado no era el único lakota destacado que abrazaba las antiguas costumbres. Había un extraño joven, jefe de guerra oglala, al que todavía no conocía, que estaba apasionadamente comprometido con la misma causa. Su nombre era Caballo Loco.

HASTA EL ULTIMO CARTUCHO

Mientras tanto, los exploradores de Custer habían presagiado la derrota en las huellas de los mástiles de los tipis, que no eran divergentes, tal como había dado por hecho Custer, sino convergentes, causadas por los nómadas estivales que se dirigían en masa desde las agencias al poblado de Toro Sentado. Esa tarde, Cuchillo Sangriento (Bloody Knife), un jefe de los exploradores medio arikara medio lakota, que era el favorito de Custer, advirtió a sus compañeros indios que se encaminaban hacia un gran combate. «Sé lo que me va a ocurrir –expresó–. No voy a ver el sol».

El soldado William O. Taylor reposaba cerca de la única tienda en forma de «A» que constituía el cuartel general del regimiento. En su interior, estaba sentado Custer solo, con aspecto de hallarse sumido en sus pensamientos. «Yo estaba tendido sobre un costado frente a él, y no sé si fue mi imaginación o la luz del atardecer, pero me pareció que su rostro tenía una expresión de tristeza que no le había visto antes. ¿Se debía a que sus pensamientos estaban en Fort Lincoln donde había dejado a su querida mujer –se preguntó Taylor–, o su corazón estaba apesadumbrado debido a la premonición de lo que sucedería al día siguiente?». Un grupo de jóvenes te-

nientes que entonaban oraciones de alabanza sacó a Custer de sus pensamientos. A Taylor le pareció bastante extraño que unos oficiales en campaña cantaran himnos religiosos.

A las nueve de la noche, los crows entraron al galope en el campamento con noticias cruciales. Habían localizado el principal sendero lakota, que conducía al oeste desde el valle del Rosebud. También hablaron a Custer de un promontorio salpicado por píceas (que más tarde recibiría el nombre de Crow's Nest) en la divisoria entre los valles del Rosebud y del Little Bighorn, que ofrecía una vista sin impedimentos hasta el Little Bighorn, a veinte kilómetros de distancia. Según los crows, si los lakotas estaban en el valle del Little Bighorn, al alba podrían divisar el fuego de sus hogueras.

Custer se enfrentó a un dilema. El general Terry le había «sugerido» que reconociera el terreno en torno a la desembocadura del Rosebud Creek antes de girar hacia el oeste en dirección al Little Bighorn. Si continuaba descendiendo por el arroyo, podría atrapar a los indios que se encontraban entre él y Gibbon –en el caso de que Gibbon hubiera llegado a la posición establecida– además de que podría impedir que los indios se retiraran al sur en dirección a las montañas Bi-



Custer descubre los cuerpos del destacamento del lugarteniente Lyman Kidder, el 12 de julio de 1868. Según dijo Custer: «Cada cuerpo estaba atravesado por unas veinte o cincuenta flechas».

ghorn. Por otra parte, eso también implicaba el riesgo de ser descubiertos por los lobos lakotas o de condenar a Gibbon a luchar solo. Encontrar una aldea india de cualquier tamaño ya resultaba bastante difícil, pero renunciar a ella una vez descubierta era algo que iba en contra de una regla fundamental de la guerra de frontera. Y Terry había otorgado a Custer el derecho a hacer lo que considerara mejor en caso de que la situación justificara apartarse de las órdenes.

El coronel necesitó menos de veinte minutos para tomar una decisión: atacaría el poblado indio. A las nueve y veinte de la noche Custer envió al promontorio al jefe de los exploradores, el teniente Charles Varnum, con los crows. Al amanecer, estos vieron lo que esperaban: el fuego de las hogueras y el vago contorno de una lejana manada de ponis. También lo vio Mitch Boyer, pero no Varnum, ya que tenía los ojos irritados por el polvo del terreno. Dando por ciertas las palabras de los exploradores, informó del descubrimiento a Custer, que ya estaba de camino a la divisoria. Allí pretendía ocultar al regimiento el 25 de junio y así tener más tiempo para descansar y hacer los preparativos finales, para atacar al día siguiente, al alba.

Pocos olvidarían la marcha nocturna. Fue extraña, casi irreal. Ya se había ocultado la luna y la noche era negra como el alquitrán. La columna estaba envuelta en pesadas nubes de polvo. Las últimas filas de cada compañía golpeaban sus potes para ayudar a las que iban detrás a seguir el camino. De vez en cuando, se extraviaba algún hombre o algún caballo, que acababa perdido en los barrancos.

En la cima de Crow's Nest, a las nueve de la mañana del domingo 25 de junio, con el regimiento a una hora de camino tras él, Custer clavó la mirada en el valle: «Tengo una vista tan buena como la de cualquiera –comenzó a decir– y no veo ningún poblado, ni indios, ni nada». «Bueno, general –le interrumpió Mitch Boyer–, si no ve en ese valle más indios de los que haya visto alguna vez juntos, puede ahorcarme». Custer se puso de puntillas y contestó: «Entonces, bastaría con tener una maldita mala vista para colgarte, ¿no?» y, a continuación, comenzó a descender la colina con Varnum. «Recuerdo esa observación que hizo –escribió Varnum más tarde–, en especial por la palabra «maldita», ya que fue lo más parecido a una grosería que le oí nunca».

Los crows rogaron a Custer que atacara. Una partida de guerreros lakotas había cabalgado a plena vista hacia el Little Bighorn, y los crows dieron por hecho que los habían visto. Custer no solo desestimó su consejo sino que también dudó que justo al frente hubiera un gran poblado. Es decir, no creía lo que no veía. Entonces, Tom Custer llegó a caballo con noticias preocupantes: había indios en la retaguardia. Se había caído la carga de una mula, y cuando un destacamento fue a recogerla, encontraron a un grupo de jóvenes guerreros

cheyenes apiñados junto a una caja de galletas. Unos cuantos disparos los dispersaron.

Eso fue lo que le hizo decidirse. Convencido ahora de que habían perdido el fundamental factor sorpresa, Custer decidió atacar de inmediato. (Lo que no sabía es que los cheyenes, en vez de avisar al poblado, habían decidido seguir a los soldados). A Custer no le preocupaba el tamaño potencial del poblado indio, si es que los crows estaban en lo cierto en cuanto a su localización; lo que, en realidad, le preocupaba era que levantaran el campamento antes de que llegaran a alcanzarlo. Mitch Boyer intentó disuadir al coronel una vez más. Llevaba treinta años en las llanuras del norte y nunca había visto un poblado tan grande. Si entraban en el valle del Bighorn por la tarde, predijo Boyer, a la mañana siguiente se despertarían en el infierno. Custer hizo caso omiso.

A las doce menos cuarto de la mañana el 7.º de Caballería empezó a descender la divisoria. Al cabo de ochocientos metros, Custer llamó a Reno y a Benteen. Al parecer decidió que podía resultar aconsejable asaltar al poblado enemigo desde varias direcciones, tal como se había hecho en Washita, y Custer dividió el regimiento en cuatro partes. Al comandante Reno le asignó un batallón de tres compañías y los exploradores arikaras (175 hombres); al capitán Benteen, tres compañías (115 hombres); y, aumentó la compañía del capitán Thomas M. McDougall para proteger la caravana de suministros (136 hombres). Custer se quedó con cinco compañías (221 hombres) conducidas por sus favoritos: su hermano Tom, los capitanes George Yates y Myles Keogh, su cuñado, el teniente James Calhoun y el teniente Algernon Smith. Custer ordenó a Benteen que reconociera una cadena de riscos que había un kilómetro y medio al sudeste; si estaban vacíos, tenía que volver a unirse al cuerpo principal enseguida. Custer y Reno seguirían un estrecho arroyo (más adelante bautizado como Reno Creek) hacia el Little Bighorn. McDougall y la engorrosa caravana de suministros tenían que seguir a la columna principal.

Antes de que partiera Benteen, un explorador crow se acercó a Custer y le dijo: «No divides a tus hombres. Aunque permanezcamos juntos son demasiados enemigos para nosotros. Si tienes que luchar, mantennos a todos unidos».

Custer ya había oído demasiadas palabras aciagas, de modo que le contestó: «Tú ocúpate de explorar, que yo me ocuparé de la lucha». El crow se desnudó y empezó a pintarse la cara. «¿Por qué haces eso?», le preguntó Custer.

Él respondió: «Porque hoy tú y yo vamos a volver a casa, pero por una senda desconocida para los dos».

Custer se encontraba a veinticuatro kilómetros de la loma en la que Toro Sentado había rezado la noche anterior para pedir la intervención divina.



Nube Roja de los lakotas oglala posa en el estudio de un fotógrafo en Washington, en 1880. Su habilidad para la lucha lo convirtió en un líder lakota; el gobierno de los Estados Unidos lo hizo jefe.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

